

ALFAGUARA



Marcelo Cohen

**Casa de Otro**

Una historia del Delta Panorámico

Papeles

---

Vivo en casa de Ottro. Sí. Collados Ottro. ¿El político? Bueno, sí; es una definición provisoria para este papelito. Podría llamarlo *ficha*, como llamábamos a ciertos papeles o apuntes en una época, cuando en los laboratorios de experimentación social tomábamos apuntes de lo que leíamos. Antigua época, la del uso de fichas, y también un poco antigua la época en que yo estudiaba en serio. Dejémoslo.

Vamos a esto: ¿A cuántos podría sorprender que yo viva en la casa de Ottro? Me pregunto. Pero sería mejor preguntar: ¿A cuántos sorprenderá que alguien mencione a Ottro? ¿Cuántos lo recuerdan? ¿Cuántos? No pocos, tal vez. ¿Estarán ahí?

Chistes, rodeos, maniobras para diferir lo más grave. Mejor atenerse a una economía estricta. Y además, Fronda: no te anticipes en nada. Los que se acuerdan de Ottro quizá se acuerden también de que Ottro decía, y por lo tanto de alguna manera lo había dicho yo previamente: *No queremos pronosticar; lo que queremos es explicar; queremos comprender. Si explicamos y comprendemos los fenómenos vamos a poder hacer buenos pronósticos. Pero esto, usar lo que sabemos, es un provecho menos importante. Poder usar algo es menos importante que entenderlo. Si no lo entendemos seguro que vamos a usarlo mal.* Aunque ahora no parezca, era mía la esencia de esas ideas que él amoldaba, afeaba y propagaba. No sé si al final seguía creyéndoselas. En Ottro todas las creencias eran igualmente percederas. No lo voy a enjuiciar por eso. No debería enjuiciarlo.

Mi vida acá es una vida transitoria. Pero es una vida, y va a durar su tiempo. Seguro que algunos de los muchos que indudablemente se acuerdan de Collados Ottro tienen una idea

---

de cómo es esta casa. En su día la prensa la exhibió. Pero qué inexactas son las fotos, qué insuficientes. Yo por ejemplo no sé bien cómo es. Pese a todo intentaré ser precisa. Así: respecto a las casas en general, esta es grande como el tórax de Otro era grande respecto de los tórax de los hombres. O sea, no mucho más grande. Algo más. Grande pero no gigantesca. Una amplia mansión empresarial con todas las facilidades, pero no tantas como para menoscabar la sobriedad que la mente de Otro pedía de un político. La sobriedad que se pedía a sí mismo. No era simulación. Tampoco, como se ve aquí a cada paso, acataba la exigencia a rajatabla. Tomaba la sobriedad como una creencia más, y no la respetaba siempre. Nadie actúa estrictamente al pie de la letra de lo que cree, y él menos que ninguno.

Otro: una sobriedad estreñida como disfraz de una acumulación loca basada en supuestos criterios lógicos. Cómo acumuló este hombre. Yo tendría que descubrir los criterios. Descubrir a qué criterio de sobriedad responde que en un cuarto de baño de la casa haya un volcancete de aguas termales.

Otro, en fin: un monumento al autoengaño, a la autoindulgencia, a la autojustificación. Un pudibundo lujurioso, digamos (tentativamente). Seguro que muchos de los que se acuerdan de Otro o lo tienen presente se imaginan algo así. No sé cuántos querrían hacerse cargo de estas toneladas de adefesios. Yo no quiero. Me limito a acatar un designio testamentario.

Tenía que tocarme. Una vez más Otro me ha ensartado. Estaba tan escrito como los papelitos de ideas retóricas que durante buenos años le pasé a Otro antes de entrevistas y alocuciones, antes de conferencias de prensa y duelos de ideas, y que él fue guardando, en carpetines rotulados como guardaba todo, contento de que yo usara este material anacrónico para darle línea, los papelitos, hasta que le pareció que no debía guardarlos más y, como por respeto a mi trabajo no se atrevía a tirarlos (aunque para su aprensivo corazón fueran un quizá peligroso indicio de algo, una prueba que alguien podría presentar contra nosotros), me pidió que en adelante solo conversáramos. Pretextó que podían plagiarnos. Entonces yo empecé

a comunicarle mis pareceres oralmente. Él me miraba la boca como se miraría una fórmula de física a través del fenómeno real que representa. No debía *quedar constancia* de nuestros diálogos. Y eso que odiaba las fantasías persecutorias. Fue la época en que, en la misma operación en que parecía memorizar mis razonamientos, Ottro los alteraba como nunca, reconducía y descarriaba sin corromperlos del todo. Musitaba frente a mí con esa sonrisa que le parecía suficiente. Pedazo de papanatas.

Tenía que tocarme. ¿Estaba escribiendo mi fatalidad en el aire aquellas tardes en que le hablaba a Ottro sobre la virtud del político?

La fatalidad es esta casa. Y la casa está: atiborrada.

Llena, llena de nada más aprovechable que, pongamos, la piel caída de una serpiente. Encima acá no hay piel nueva. Cómo se desgranán imágenes de pérdida cuando a mi vida todavía le falta un ratito para llegar al otoño. No le falta tanto, con todo. Mejor ordenar esta casa antes de que el otoño me llegue como me ha llegado esta condena. *Terminar con el orden*. Porque el palacio de la fantasía de Ottro está superordenado. No voy a terminar nunca de *disponer*. Una tristeza subrepticia me venía advirtiéndome que iba a pasarme. Ese maníaco y su idea narcisista del regalo.

A mi nuera y colaboradora Fronda Pátegher le dejo mi casa y el encargo de que evalúe, ordene, disponga y si es posible prepare para ser expuesto todo lo de interés que en ella esté contenido.

Qué calamidad cómo estoy redactando. Pero tampoco sé escribir mejor. Demasiados años en los laboratorios de experimentación social, donde la prosa es utilitaria, y ahora una jornada tras otra en tu pequeña y pulida consultoría para conflictos del vivir juntos, un lugar donde la palabra se aja. Por otra parte tampoco transcribo con fidelidad. No es que Ottro haya dicho eso exactamente, *a mi nuera y colaboradora Fronda Pátegher*, etcétera, o exactamente lo haya dejado escrito. Eso es lo que yo recuerdo. Lo que atribuyo al testamento. Si escribo es para no gritar. Solo de gritar tengo que cuidarme, porque llorar sé de sobra que yo no lloro nunca.

---

Y aunque no grande, a mí la casa se me hace inabarcable.

Ahora, *ahora*, miro las fotovivs periodísticas que titilan en las paredes de una “galería” que, para acogerlas, Ottro hizo pintar de azul nocturno. Muchas imágenes de Ottro mirando la cámara con las cejas arqueadas sobre los ojos celestes, con las simpáticas arrugas de una perplejidad instantánea que le salía muy bien, y hasta pasaba por vivaracha, pero nunca ocultó por completo la estolidez esencial de su mente.

Bueno, pudo ocultársela a otros. No a mí. Mentira. Me la ocultó por un buen rato, en todo caso, con ayuda mía.

Ottro gastando mundanidad con un grupo de investigadores en tratamiento de desechos tóxicos; con beneficiarios de viviendas subvencionadas; con el geólogo Fomaresto y el industrial Vagh a los pies de una centralilla de energía volcánica; con su mujer Remanso, la primera. Ottro en un recuperatorio infantil con un grupo de chicos que él había liberado del yugo del trabajo hogareño y Ottro, con el pulgar y las comisuras de los labios hacia abajo, desdeñando la manifestación de padres que reclaman recuperar la tenencia de los nenes explotados. Ottro con su segunda mujer Serranía. Con su fámula Cañada, que ahora es temporalmente mi doméstica, entre las fabrinas y las fucsias que Serranía cultivaba en el jardín de esta casa. Ottro en la Feria Anual de las Técnicas de Siempre examinando una silla de montar palafrenos caballunques. Ottro inaugurando el pabellón de nuestra isla en la Exposición Panorámica de isla Gnumbe; Ottro en hombros del luchador baniano Ner-Vulion; Ottro con los supervivientes de un sismo abrazados a él, llorando, y Ottro abofeteado por los deudos de las víctimas de un accidente de flaybuses. Ottro luciendo la pelliza de Regente de isla Ushoda: con dignatarios, embajadores, dirigentes, grandes cocineros, crackes de balompo cuyas destrezas subestimaba (ah, su alergia al deporte), divas de teatron trágico; con genetistas, manageris, topógrafos, analizadores. Él siempre con la misma cara de idiota.

Ottro con mi hijo Riscos.

---

Ottro con su hijo Vados y conmigo antes y después de que Vados y yo nos casáramos; Ottro con nosotros dos y nuestro hijo Riscos antes de que nos separásemos. Fotos de Ottro apedreado por una turba y de Ottro, con mandil de obrero, compitiendo con un roboto en la reparación del circuito de una cinta convectiva. Fotos de Ottro proyectadas en el estuco del cielorraso de la “galería de arte” de la casa; un cielorraso de estuco con floripondios, obra de artesanos sin escrúpulos de isla Trégaris.

Ninguna foto de Ottro con el Consejo de los Mayores, ni siquiera con alguno de los Mayores.

Algunas fotos de Ottro solo, solo, en la terraza del palacio de la Regencia, en nuestra isla, o más solo aún en encuentros políticos interisleños: como un lápiz negro solo en una gran caja de pinturitas. Esa soledad tendría que servirme para matizar el juicio. No sería compasión, sino ¿valorar su módica valentía? Ja.

Ottro en cabeceras de mesas y laterales de mesas, tan sibarita el estúpido, y Ottro en educatorios y centros de cirugía molecular y al volante de un modelo nuevo de cochecillo plegable. Y la sala con noventa y dos modelos “históricos” de pantalátores, encendidos y congelados en planos medios de Ottro, no solo en debates y conferencias, sino también entre adversarios, aliados, actores, profesores y cualquier sujeto de conocimiento que Ottro creyese imitable. Pero no únicamente imágenes de él hay en la “galería”. Están los loops de escenas culminantes de filmes biográficos y filmes de proezas, la escena del regreso del mutilado, la de la victoria militar amarga, la del hallazgo científico que cambia el tono mental de la humanidad. Un parpadeo testarudo.

Y después las colecciones de sillas, de herramientas protéticas y robotis instrumentales, de estandartes, de jarras para bebidas rituales de decenas de islas, de maquetas de edificios simbólicos, museos y empresas productivas de todo el Delta, y la gran colección de jabones con las formas de tantos objetos de las demás colecciones. La colección de tejidos conscientes; la de miniaturas cantantes; la de juegos de azar de marmoluna.

Un acaparador de chocarrerías, no tanto por ese celo libidinoso de tener todos los ítems de un cierto rubro, como por tener mucho de todo; por las dudas.

Im-por-tante, Fronda: esa alcoba con vitrinas que parecen medio vacías porque, además de las figuras de seres sobrenaturales del archipiélago de la Torcedura (el Hombre Palmera, la Agachada, el Hígado de la Montaña, el Travesuelo, los Súcubos del Circuito, el Cristaleino), se supone que contiene un repertorio de los seres emergentes de las leyendas de allá.

Un folleto abierto sobre una mesita informa:

*Los emergentes, característica creación de las islas de la Torcedura, son una suerte de metáforas vivas surgidas de la unión entre seres legendarios sobrenaturales, criaturas reales o frutos de la naturaleza y productos de la tecnología.*

Y la broma es que la vitrina parece vacía porque los emergentes son invisibles. Claro que en las islas de la Torcedura no se lo toman a broma.

Puro asunto de palabras, la metáfora: altamente sospechosa. Pero ahora debería interesarme, ¿no?, que los emergentes le hayan interesado a Ottro tanto como para comprarse unos cuantos. Dos términos diferentes unidos dan algo inaprensible. ¿Y qué podría aparecer en esta casa de la unión entre muchísimos más de dos términos?]

A quién pueden interesarle estas selecciones, quién querrá poseer una porción mínima de estas calamidades caras, no digamos ya adquirirlas. Y si hablamos de museo, ¿quién va a perder una tarde trayendo a sus hijos a ilustrarse no sé cómo en esta enciclopedia del bazar?

Y después los animales tallados en topacio, en amatista, en cóspera, en azabóchul y madera, las estatuillas muy parecidas de diosas de la fertilidad de culturas diversas (83, algunas con su botoncito segregador de flujo); las estatuillas de dioses de la fragua (37); las surtidas representaciones del hombre

común (61). Los 43 centímetros de altura de una imagen de Otro en resina stut blanquinegra.

El folleto sobre los emergentes del archipiélago de la Torcedura cita a un especialista en el tema. D.G. Nibiance. Degé destaca que, según los nativos, esos productos invisibles surgen naturalmente del agregado de varios términos. Por la circunstancia de estar juntos, amontonados o uno al lado de otro, varios términos colaboran, conciertan energías (sin fundirse) y un día algo más aparece entre ellos *por añadidura*.

Carambitas.

Algo más.

Degé aclara que, como producto espontáneo de la convivencia de muchas cosas muy surtidas, *los emergentes no son ni malos ni buenos*. Subrayado con lapicer. Yo juraría que por Otro. Un disparate de pe a pa. Queda apuntado.

Todas, casi todas, cualesquiera de las frases de Otro lo pintan de cuerpo entero. No es que actuara. Al contrario. De tanto entusiasmarse con el papel que se había adjudicado llegó a encarnarlo vivamente. Romántico y limpio. Encarnizado y soberbio con el teatron manijero de la política, sus bambalinas salivosas, sus candilejas camorreras. Una vez la profesora Fri-bon, ya vieja, me recordó que eso de la pasión política era una leyenda nociva; que en origen el ideal del teatron político habría consistido en una distancia generalizada: distancia de los actores con su texto, del público con el escenario, de todos entre sí; distancia como un ámbito para la calma y la lucidez. Pero Otro decía: *¿No podemos hacer una política de verdad poniendo el pecho?* Eso le parecía serio y soñador. *Menos discursar escondiendo un puñal en la manga; más humanismo del pecho; si un pecho está sucio se nota; a muchos que se creen políticos se les vería la roña; pero nosotros tenemos el pecho limpio y por eso lo ponemos*. Me hervía la sangre oyéndolo. No entendía el teatron de la política, y cuando empezó a hacer teatron fue para naufragar. Porque ya lo habían tocado. *Nos han abierto una brecha en el casco*. El plural mayestático era un efecto de sus dificultades para verse. Quién

---

es este que me veo. Quién tiene que ser. Quién tengo que ser. Pobre Ottro de la zozobra. Siempre frente a sí mismo moviéndose para aquí y para allá en busca de foco.

No. Análisis erróneo. No hacía eso. Le habría parecido una pérdida de tiempo.

Para mí en cambio no había habido temblores de imagen. Yo por la política de las apariencias tenía: una firme inquina. Aún hoy me pasa. Una tendencia a la preocupación. Tengo mis fundamentos, insondables. Aparte de esto, en aquel entonces no me veía, no sufría desenfoces. Todo en mí se aflaba por obra de la velocidad, de la fricción, rumbo a una política de lo profundo.

Sonaba en mi cabeza un concierto de voluntades decididas a que el teatro de la política se estremeciera por la entrada en escena de la vida. Quería una política franca palpitante. Pero me tranquilizaría definir hoy qué era exactamente lo que me reventaba del estado de cosas.

Ningún aspecto de una vida en común tenía por qué ser fatal. Y si a pesar de todo el conjunto no se dejaba modificar, ¿por qué no arrasarlo? Contra la maquinación de pasillo, contra la componenda de restaurante, la matufia, el elogio empalagoso y la patada artera, contra las alianzas de conveniencia, el palabrerío sin propuestas, las ventajas de las condiciones. Contra las condiciones. Contra el hule impermeable de lo mismo. Contra las emociones fraudulentas. Contra las emociones. Contra *la política*. Una contrapolítica. En los laboratorios sociales *pensábamos*. No nos iban a engañar. Ni siquiera hoy me van a engañar. De vez en cuando, como hice en mi asociación con Ottro, cabe simular un autoengaño para dar el salto a una verdad más palpable.

Razonando: me uní a Ottro porque la razón me decía que una maniobra lógica en pro de la vida siempre sería menos inmoral que la maniobra histriónica en pro de la parálisis. Además una ya venía sucia de entrada, si era de este mundo; no iba a mancharla más una artimaña táctica.

Ahora sueño con Ottro. Me lo temía. Su casa es mi casa. Duermo en la pieza que Ottro adjudicaba a mi hijo cuando

Riscos era chico y venía a pasar los fines de semana con su abuelo, y otros días o noches. Duermo acá procurando no contagiarme del relativismo moral y la depravación feliz que hoy promueve mi hijo y que Ottro le consentía, ya entonces, como consiente los caprichitos del nieto un abuelo cualquiera. Claro que ninguno de ellos dos quería en el fondo ser un cualquiera, como quería yo.

*Seamos cualquiera*, decía Ottro. Lo había tomado de mi breviario de sentencias rebeldes. Pero tampoco era mía la consigna. Debo haberla leído en el libro de Taludes Másoba. En todo caso me la robó. Le fue útil. Ottro afirmaba las virtudes del don nadie y el público se quedaba alelado.

Intento no pensar en esto antes de acostarme. Difícil. Duermo en la despiadada otomana de tablas que para el perverso cuerpo de su nieto Riscos, mi hijo, Ottro amortiguó con un colchón de morbidez suprema. Estos sarcasmos los suelto para no gritar. Solo consigo no gritar si actúo. Pero cuando duermo con alguna profundidad, sueño que Ottro está sentado en la cocina, esclavo de su lenguaje corporal inflexible, y para pedir atención, como le gustaba hacer, da sobre la mesa unos golpecitos con el muñón del dedo anular izquierdo.

Tactactac. Cercenado por la primera falange, ese dedo, él decía que por accidente con una garlopa, aunque nunca refutó tajantemente los rumores que atribuían el corte a un rito iniciático. Los manuales de historia hablan de grandes estadistas adeptos a un culto u orden o secta supersecreta. Tal vez los Mayores odiaban a Ottro porque se olían que estaba iniciado. ¿En qué orden pudo haberse iniciado Ottro? Tal vez por llevar la contra. A ver si lo descubro finiquitando los trastos que el pasmarote dejó a su paso. Los sueños no me lo van a decir.

Un sueño (ayer). Ahí está Collados Ottro en la cocina de la casa que me ha endilgado, y lo veo golpear la mesa con el muñón y el tactac atruena y me convoca, y me despierto con la sensación de que los golpes sonaron realmente en este mundo; y yo, que prefiero creer en la estructura de la realidad como la explican los saberes positivos y sociales y la modela el trabajo

---

humano, voy hasta la cocina mecida por un escalofrío, llena de dudas y de desprecio, dejando en el suelo al paso de mis pies, del ruedo de mi camisón ondulante, un reguero de gotas de sudor no diré helado pero bastante frío. En la cocina no hay nada. Alimentos, vajilla y aparatos.

Sin embargo Ottro habría podido estar ahí un momento antes. De todos modos estuvo ahí muchas veces a lo largo de los años. Digamos: un resto de la fisis del individuo persevera en el aire si la presencia fue fuerte: ¿es posible?

Tampoco es que alguien haya visto realmente el cadáver de Ottro. Amanuenses del tipo se encargaron de dispersar las cenizas. Acepté que era cierto.

Tampoco el sueño indica que lo que está en la cocina sea un aparecido. No no.

Considerar si: el muñón del anular de Ottro tenía en los seguidores y seguidoras un influjo sexual. Si es materia considerable.

Al rato estoy durmiendo otra vez. Tiempito después amanece. Por encima de los árboles del jardín, desde la distancia, llega un ronroneo de autobuses escolares, chillido de niños, y más de cerca, es decir desde la casa, el sufruss de Cañada la doméstica ciborgue desplazando por el pasillo su cuerpo voluminoso.

Cañada es silenciosa. No "sigilosa". Agita benéficamente el aire. Es más joven que yo, solo un poco, pero de una juventud intrínseca y renovable. Seca el rastro de mis sudores mientras la robotina hierve ya el agua para la infusión. Una de las once robotinas para la casa de diversas marcas y procedencias, todas más o menos iguales, que Ottro y Serranía tenían mayormente hacinadas en los armarios de la despensa. Yo le he dicho a Cañada: Que las usemos, parampios.

Hay una barbaridad de comida en esta casa. En conserva. Disecada. Imprecedera. En criogénesis. Fresca de la que compra Cañada en el súper. Cañada cocina con lo que se supone buen gusto y una satisfacción indiscutible. En algún detalle se nota la

enseñanza de Ottro. Hierbas de cinaza en los muslos de pollo. Bizcochuelos borrachos de licorés. Añade al estofado una hebra tomada de las cajas y cajas de chocolates (de estaciones fluviales de varias islas) que el tiempo estropeó como si se lo hubiesen ordenado la angurria y la avaricia. Pero aún queda mucho dulce comestible. Bombones. Peladillas. A Ottro y Serranía les gustaba mostrar que resistían a la tentación. Pero yo, si encima de todo llego a engordar me tiro por la ventana. Camino cinco leguas en la burbuja ambiental de Ottro. Un artefacto con pantallátor abonado al noticiesco panorámico, selección de ritmos tradicionales de nuestra isla y mapa de ruta para enchufes a la Panconciencia.

Pretensiones del badulaque: Reservar un repertorio característico del Delta, dentro de sus *modestos alcances*, para ser exhibido in situ histórico ante nulos visitantes o donado a alguno de nuestros inexplicables museos.

Es una cláusula del testamento: hacer un repertorio muy escogido de la experiencia de un Hombre de su Tiempo. La porquería que dejó detrás de él.

Me la tiró por la cabeza.

Fronda, la albacea.

Cada día entre las siete y media y las nueve de la mañana me impongo examinar una porción discreta de ítems. Después voy a mi consultoría. No uso el cochecito de Ottro. Tomo el tranvilliano. Viajo como una más, con la oreja abierta al resuello de la vida de isla Ushoda. Adocenada vida. En mi bufete despacho poco a poco la hilera de grupos de consultantes. Es lo mejor del día. Mis pacientes, consultantes, clientes. Escucho odios, celos, ansias de fraternidad y empresa común, balbuceos entrañables pocas veces, en general líneas de diálogo, tomadas del teatro, que extienden el clímax de los conflictos y no lo resuelven porque eso es lo que quieren los miembros del público: un clímax argumental perpetuo que la vida corriente no les da. Para qué lo querrán. Propongo, para que de paso se les enfríe el morlojo, minuciosas soluciones de artesanía social para la convivencia. He pasado años elaborándolas; no creo

---

que para la batalla entre los humanos haya soluciones simples; nunca vamos a entendernos; el cosmos nos contempla, como si esperase algo, impertérrito; mis consultantes se van a hartar pronto, ya lo sé; dejarán el uso de dispositivos de unión a medio camino. Todo mal hecho, hasta la higiene social de las relaciones íntimas. Y el cosmos no va a admirarte, Fronda, por que hayas intentado mejorar la vida en común; ni siquiera en el caso de que tus eficientes dispositivos de artesanía para la convivencia dieran un purlín de resultado. O sea: una manera de ganarte el sustento, con una coartada de servicio que tu amiga y ex socia la realista Estuario elaboró con entusiasmo en su momento. Bla bla. Basta. Al presente. Pf. Trabajando trabajando se hacen las cuatro de la tarde. Entonces vuelvo a casa de Ottro y procedo a actuar sobre la porción de basura que estuve examinando a la mañana. Hoy: la banda derecha del guardarropas de la finada Serranía Girs de Ottro.

Cañada, que nunca quiere llevarse nada de lo que voy descartando, le ha echado el ojo a un vestido estampado de flores rojas y hojas verdes (mamelias). Un vestido muy acampanado. Flamante. Le dije que se lo probará. No creo que Serranía haya llegado a ponérselo. Mujeres de mi tamaño en ese vestido caben dos, pero Cañada queda embutida.

Tal vez no vaya todos los días a mi bufete. Tomar decisiones sobre el destino de tanto cachivache es un experimento de ingeniería de la convivencia. El objeto del experimento soy yo. Podés trabajar menos jornadas. Experimentar acá. Podés. Con esta casa sos una mujer rica. Y lo caro que te viene costando.

Melvagen el director de Termocultivos Melvagen, el astrofísico Arenal Menfer, la química Laguna Socan, el fiscal Brampeto: amigos de Ottro que llaman para ofrecer ratos libres y cooperación si la necesito. No tiene por qué sorprenderme que estén al corriente de mi suerte. Incluso en su decadencia Ottro habrá seguido siendo un bocón. Incluso ausente,

desaparecido. Incluso muerto. Estómago resfriado: una capacidad de difusión del rumor, la de Ottro, que impregna a sus amigos y hasta a los míos. Soy una heredera cobijada. No tanto. ¿Compadecida? Hay una pequeña corte rondando. Hace un rato Cañada me avisó que estaba a la puerta multipensador Chral. Yo sé que a Chral le haría bien recorrer estas instalaciones, curiosear. Tomar notas para el libro que escribe sobre la autoridad difusa. Ideas políticas inspiradas en la física de los fluidos. Para mí sería muy instructivo que Chral me hablara de eso mientras echa un vistazo por acá. Me ventilaría el morlojo. ¿O no nos entendemos casi bien, Chral y yo? Puedo ayudarlo a mejorar su libro. Con esta casa a mi nombre soy rica. Y hablando con un semicolega estudioso una comprende mejor la estructura de la realidad. No entiendo de dónde esta impresión de estar sola. Serán mis ganas. La cera de la soledad humedece los pisos. Cañada sabe que debe decir que no estoy. Es tácito.

Sin permiso, en la pantalla mental se me enciende la cara de Ottro en el programa de Setos Lienssi.

El corbatín bajando hacia la panza controlada, el saco abierto, el pelo rubio agacelado en torno a la discreta calva, las manos abiertas en el aire como sosteniendo una bandeja con exquisiteces, las cejas alzadas de perplejidad sobre el azul de los ojos. Qué travieso.

*¿Sabe qué me enseña a mí la vida, señorita Lienssi? Que la baraja de los hechos viene muy bien mezclada.*

Ojalá me acordase de dónde robaba yo esas frases traídas de los pelos que él colaba en momentos inmejorables para que significaran cualquier cosa.

Ayer corté las fabrinias del jardín que un calor intempestivo había secado en los bordes de los arbustos, no las del centro. Hoy ya han cambiado de color en la cesta donde las puse, del violeta al bermellón pálido, como si separadas del tallo recibirían una influencia diferente. Son descomunales estas flores, además, y con los cambios de luz palpitan a un ritmo casi

imperceptible de tan lento. En contrapunto con ellas palpitan la copa del haya y las rosas damascenas, y los esmaltados músculos de los maratonistas de la escultura de la fuente. En el cobertizo hay unas sustancias que me gustaría saber usar. Las cosas acá se organizan bastante bien para que la luz pueda manifestarse. *El jardín es un intermedio entre lo fabricado y lo espontáneo. Es el signo más magnífico del encuentro de la intención del hombre con la ignorancia de la naturaleza.* Lo dijo Ottro, no yo, más vale. También dijo que ese encuentro era un encuentro invisible. Cómo hinchaba con eso.

La colección de placas musicales de esta casa... Prfff. Muchas versiones, compradas por correo a los anticuarios de isla Chilc, de una misma pieza para piano de un compositor muerto hace siglos; escoria bailable del sur de nuestra isla; baladas como *Esa luz que se acerca entre la niebla no es otro barco sino un faro*, para enriquecer el espíritu mientras se pedalea en bicicleta fija; o: *Murmullos para una casa en penumbras* y otros poemas sonoros de Caverna Sztan que también estaban en el musicalqui de mi madre la pastelera y en los audiolitos de mi hermano el albañil y mis demás hermanos, y que hoy escucha para burlarse mi hijo el perverso moderno, y enternecen a mi amiga Estuario (la urbanista). Un engendro de música para la mediocultura. Te llega a rozar y morís, Fronda. Y sin embargo el “gusto” de Ottro era una blasfemia en tiempos en que el Régimen Neoclásico preconizaba una música grave y ondulatoria, antífonas, himnos valseados, corales, o bien ruidos, crepitaciones, reverberaciones sin desenlace, el murmullo imaginario de los circuitos electrónicos.

Entre la vitalidad de la música de la especie Ottro y la morgue musical del régimen quedé emparedada yo. Dejé de escuchar todo. Como si fuera un trauma. Fin de la escucha musical y unas gotas más de vinagre en mi sangre.

Dudo mucho de que desde la médula del gusto del público se pueda hacer algo por cambiar la vida común. Es un tipo de objetivo vedado por las condiciones. Ottro nunca quiso enterarse de que los modos del consumo espiritual infectaban

todo su plan. Yo tampoco me daba cuenta, en esos años, de que en el teatro político también se actúa de público. Sin embargo él era: *un bracho feliz*.

Pero veamos. Lo que importa, suponiendo que fuera feliz, es: ¿Cuánto? ¿Cómo fue feliz? ¿De qué manera se habría propuesto ser feliz un tipo como él? Me gustaría vislumbrarlo. ¿Qué felicidad posible se deduce de las canciones de su musiteca, los filmes de su cineteca, las novelas de problemática existencial y laboral del laureado Arroyos Belvastti que abundan en la biblioteca, el surtido de platos de desayuno con monogramas de hoteles de todo el Delta —un minirrobo sistemático que Ottro empezó como picardía de coleccionista y siguió practicando por superstición? *El día que vaya a un hotel y no me robe un plato voy a perder otro dedo*.

Me había quedado en la sala de escucha, ahíta de insipidez, y tantas preguntas me zumbaban alrededor que Cañada las escuchó. Cuando oí el chafchaf de las zapatillas la gorda ya estaba ahí. Con una risita desbordando los labios cerrados. Apretaba el palo de un escobillón sobre los pechos.

Dama Fronda, me asusté. Tanto rato parada.

¿Cuánto hace que estoy?

Más de un cuarto de hora.

Bueno, me hacía preguntas.

Un silencio, y después ella dijo: Yo la verdad, al señor Collados lo veía una persona feliz; de a días le agarraba por dar lástima, cuando por ejemplo tenía un percance, pero si no solía ser un hombre contento.

Se puso a barrer, cuidando que el peso del cuerpo no la hiciera arrastrar los pies.

No entiendo por qué no usa las robotinas.

Cada cual tiene su felicidad, Cañada.

Dos hoyuelos como ombligos del pensamiento le aparecieron en las mejillas redondas: Sí, dama, en eso no se puede hacer comparaciones.

Únicamente vemos la luz cuando choca con las cosas: esto lo aprendí de Ottro en los almuerzos familiares de los sábados,

durante los cuales, con la excusa de agasajarnos con la rica carne al barbecue que sabía preparar, nos atornillaba a sobremesas interminables.

Nada como la estupidez humana para dar una idea del infinito.

Almuerzos de los sábados con Ottro. Infinito y aburrimiento. Aunque joven todavía, yo no era tan tan pichona como para estar aguantando sin perjuicio los blabláis de mi suegro. Cada almuerzo de sábado me ilusionaba un poco con la eventualidad de no perder todo el día. De golpe Ottro soltaba un conocimiento de los suyos. *Si uno agarra un cartón opaco, le hace dos ranuras milimétricas y por esas ranuras hace pasar un haz de luz, en la pantalla del fondo aparece proyectada una pauta de luz, sombra y penumbra; si hace pasar el haz por cuatro ranuras, la pauta es distinta que cuando la luz pasó por dos ranuras; el dibujo en la pantalla cambia; por ejemplo donde debería haber una franja de sombra hay una zona iluminada, y viceversa; ¿y esto por qué sucede, eh?; sucede porque hay algo invisible que está actuando para cambiar la pauta, algo que interfiere el rumbo de los fotones y los hace pasar de otra forma por cuatro ranuras que por dos; un factor que solo se ve por los efectos que causa.*

Dibujaba con habilidad instructiva las dos pautas diferentes de luz, sombra y penumbra; a fin de cuentas Ottro había sido electrotécnico. Dibujaba para mí. Yo no tenía ni idea del alcance de ese fenómeno físico intrigante, y menos de las causas. En gran medida él tampoco. Eran cosas que había leído pero no pensado. Puede que no pensar fuese la clave del impacto de Ottro en el público, cuando se hizo político.

Pero qué almuerzos esos. Ottro se giraba hacia la ventana, veía las hojas plateadas del ebalno del jardín, y sonreía con lo que debía parecerle una significativa suspicacia. *Cuántos fenómenos habré descubierto yo antes que en los manuales mirando las hojas de un árbol.* Ahí paraba el discurso. Qué asno. Frente a él o al costado de él en la mesa, Vados y yo intentábamos digerir el exceso de riñones de agnut a las brasas. De allí un gran salto hasta el día de hoy: he aquí las ristras de desechos

---

que Ottro dejó, como el nene que ofrece de regalo las mierditas que tanto gusto le dio cagar. Y yo ordenándolos.

Mis estudios. Aunque se llamaran ÁMBITOS PARA LA INVESTIGACIÓN EXPERIMENTAL EN RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS (AIERC, “Fundación Mixta” —?), los laboratorios sociales en donde nos habíamos formado mis amigos y yo se ocupaban sobre todo de elaborar métodos más eficientes que los antiguos para el impulso, el cambio, el desarrollo y el mejoramiento de la vida en común. Una especie de fábrica de ropa lleve-y-use para todas las sociedades, en tres tallas.

Pero:

ni los montones de energía que invertimos en explicar la inevitable explosión periódica de revueltas populares furiosas (revueltas que cada gobierno solo domaba mediante una mezcla de represión y concesiones falsas), ni el fuego intelectual con que calculábamos los saldos de organización y de fuerza que dejarían esas revueltas a los rebeldes, nos libraron de presentir desde el comienzo que, por más que acertáramos en las predicciones, por grande que fuese nuestra entrega, los agentes de los acontecimientos que preveíamos no tenían tanto interés como nosotros, ni mucho menos, en que la agudización de los conflictos los ayudara a anular las normas del teatro político. Porque, como si estuvieran escritas en el cielo, las normas del teatro político destinaban a cada miembro del público a una butaca cívica de comodidad sofocante, placeres supervisados, deseo de posesión y satisfacciones inmediatas y rápidamente decepcionantes.

Pensábamos de una manera tan clásica, tan veraz, tan hiriente y tan luminosa que inevitablemente, en el fondo, nos sentíamos más anticuados que una droga alucinógena; más caducos que las antiguas terapias del alma; más pasados de moda que los términos de los manuales técnicos de antaño (“masa”, “muchedumbre”).

A la sombra del Régimen Neoclásico el público holgazaneaba. A medias satisfecho.

---

Los políticos: especie menguante. Desde que tengo recuerdos. Atildados, tenaces y tetricos. Mueren en la casa, en sillones de tapizado abrasivo, los hombres con chalecos térmicos debajo del traje simbólico, las mujeres en manto de cóctel con hombrecas. Al cabo de la agonía, un rodante de títulos indica, no que alguien les haya dirigido la actuación o escrito los parlamentos, pero sí que firmita comercial les pagó el atuendo. Un maquillaje constante les disimula las grietas vocacionales del pellejo. En la vejez solitaria de los políticos se nota cuánto creyeron que bregaban por el bien común. Los rescoldos de ese ardor ilusorio los calientan más que el recuerdo de una cantidad de votos, las ovaciones rituales, y la veleidad de potencia.

Raros políticos han tenido algún poder mínimamente apreciable. Siempre al borde de caer aplastados por los consorcios económicos, por el ascendente de los chotos ancianos de la isla, por los lábiles argumentos con que el público disfraza sus apetitos grandes y cambiadizos. Nada que ver con la gente de negocios, que muere mucho más proveecta y lozana porque no se hizo mala sangre discutiendo con la comunidad, y hasta último momento se mira las ropas de primera distorsionadas en copas de cristaleina llenas de licores añejos.

Yo habría podido ser política. Siempre hubo en mí una vena estoica y una arteria ambiciosa; siempre tuve una intuición de ese destino, no del todo funesta. Lo que me desvió hacia el culto de la revuelta fue la insatisfacción; con el estado del mundo, que siempre en cada momento ha sido tan idéntico al del momento anterior. Era una incomodidad demasiado insoslayable para remediarla con la mera vida política. Una incomodidad inmodificable. Ciertamente que no tan inmodificable como la de mi Vados, que con tal de mantener su incomodidad vital al rojo, y por lo tanto mantener el odio destructor, y el afán de transformación colectiva, y el deseo constante de Nacer por Segunda Vez pero sin padres, esas cosas que los revoltosos habríamos debido seguir vociferando siempre pero tantos terminaban callando, se resignó incluso a separarse de mí (ah, consecuente Vados), cuando, decidido a cortar con su padre, vio que el

padre ya me había acaparado para sus propios planes. No es que yo transigiese con la memez de Ottro con tal de colocarme. Yo no era una comodona. Fue que la *posibilidad histórica* Ottro de llegar al gobierno estaba tan a mano, el dispositivo Ottro era tan maleable para una experimentadora social, y el contexto de nuestra isla tan deprimente... Visto que el público del Régimen Neoclásico no iba a rebelarse, yo no podía desdeñar una alternativa estratégica. La vida me la estaba poniendo ante la nariz. ¿Y puede asegurarse que la alianza estratégica entre Ottro y yo no dio ciertos frutos?

Significativo empero que recuerde mal con qué argumento justifiqué en su día el imprudente paso de conchabarme con Ottro. Algo así como: *una estrategia de penetración capilar en una vía concreta de acceso a la hegemonía política.*

Lo que me facilitó usar este pretexto fue que Ottro no se creyera un gran hombre. Porque no se creía un gran hombre. No llegó a inflarse demasiado cuando los noticiescos lo calificaban de Hombre Providencial. La cosa era peor: Ottro se consideraba un hombre bueno. No sé si era peor. Todo, desde su guerra contra la moda (no tan pasajera) de abortar los bebés hembra hasta su campaña bohemia contra el uso de combustibles en base a flores, Ottro lo hizo convencido de que un buen hombre era:

*el hombre limpio resuelto a ensuciarse las manos por el futuro de su isla.*

Por supuesto que era un mercader isleñista. Él estaba por el avance de las costumbres y el conocimiento, el buen reparto de la felicidad y la merma de la violencia. Ni el buen ciudadano ni la isla de sus autoelegías eran términos genéricos: el ciudadano bueno resuelto a ensuciarse las manos *era él*, y la isla era *nuestra isla Ushoda*. E isla Ushoda era: políticos sin crédito financiero, dramático ni moral, dolorosamente obcecados en reivindicar una eficiencia técnica honesta que los consorcios publicitarios, el Consejo de los Mayores y las malévolas asociaciones del público negaban; partidos como montoncitos de aserrín entre los escombros de las instituciones; un aparato estatal reducido a tal simplicidad que bien

podía pasar por cerebro atrofiado; el palabrerío vetusto de los Ancianos cubriendo la vida como un follaje lleno de moscas.

Ottro los forzó a todos a reconocer que quizá les conviniera representarse la realidad con líneas un poquito más complejas, si no querían que la realidad los sepultara. Le vino de perlas que esos zoquetes, los Mayores, los sirvientes civiles, los comiteristas, los caudillejos y todos los figurantes de la obra tardaran un rato en despabilarse. Ottro tuvo su momento. Gobernó más de tres años. Para entonces los politiquitos se habían despertado y empezaban a copiarnos. Los despertó el griterío del mismo público que Ottro había despegado de las butacas.

Se lo advertí pero no me hizo caso. Que se disfrazaban de una versión mejorada de él para devaluarlo. No, Fronda, no te engañes. ¿Se lo advertiste? Psss. En todo caso, para qué. Ottro estaba sumido en su sueño de morondanga: le estaba mostrando al público *cuánto crece el bien común cuando un hombre bueno se atreve a ensuciarse las manos*. Aj, una patada en el hígado; la frase y que yo se la tolerara. Pero, pero... En este mundo hay una literatura que falsea las cosas. Ahí está escritor Veinsoste, el que hace en el pantallátor esos retratos físico-morales de políticos contemporáneos; fotos verbales de una mordacidad despiadada; pero una mordacidad que delata un purlín de impotencia para apreciar los matices del fenómeno. Ja, muy fácil ser mordaz con los políticos. Sin embargo Ottro no solo era una buena conciencia adornada. Tenía un deseo formal de vida mejor, fantasías de comprender, motivos mentales ya innatos en los ejemplares cabales de su especie. Pero el tormento de aguantar a un político es mucho peor de lo que los escritores se imaginan.

Y sin embargo acá estoy, viviendo en casa de Ottro. Con su fámula Cañada, una mujer que soportó mucho más que yo la convivencia con él. Y sin choques violentos, parece, ni no violentos. Ella al menos menciona a don Collados con cariño. Con ecuanimidad, si puede decirse de una mujer tan obesa. Bueno, no tan obesa; como yo no soy tan descarnada. Aunque es verdad que no solo de Ottro habla bien: parece que al paladar del alma de Cañada todo le supiera dulce. Qué cosa. Gorda beatífica.